

recido mártires de la fe.» El portaestandarte Djafir, con las dos manos cortadas, cae extenuado por noventa heridas, recibidas todas por delante. Mahoma va llevar la noticia á la viuda. Sienta en sus rodillas al hijo del mártir y le acaricia la cabeza de manera tal que le da á entender lo ocurrido á la madre:— «Sus dos manos han sido cortadas—dijo Mahoma,—pero en cambio Dios le ha dado alas de esmeralda con las que ahora vuela á su antojo entre los ángeles del paraíso.»

Las conversiones son también, en general, dispuestas con mucho arte. Casi todas recuerdan la de San Pablo. El perseguidor se torna apósol: la víctima, en el paroxismo de su cólera, recibe el golpe supremo que la derriba á los pies de la gracia triunfante. La leyenda de la conversión de Omar es, bajo este aspecto, una incomparable página de psicología religiosa. Omar había sido el más encarnizado enemigo de los musulmanes. Los terribles arrebatos de su carácter habían hecho de él el espantajo de los fieles aún tímidos y reducidos á ocultarse. Un día, en un momento de exaltación salió con la intención determinada de matar á Mahoma. En el camino encuentra á Noaym, uno de sus parientes, quien, viéndole de tal suerte con el sable en la mano, le pregunta dónde va y lo que pretende hacer. Omar le expone su designio.—«La pasión te arrebató—le dice Noaym.—¿Por qué no piensas más bien en imponer un correctivo á las personas de tu familia que han abjurado sin tú saberlo la religión de sus padres?»—«¿Quiénes son esas personas de mi familia?»—dice Omar.—«Tu cuñado Saïd y tu hermana Fátima»—repuso Noaym.—Omar vuela á la casa de su hermana. Saïd y Fátima recibían en aquel momento las instrucciones secretas de un discípulo que les leía un capítulo del Corán escrito sobre una

hoja de pergamino. Al ruido de los pasos de Omar el catequista se oculta en un oscuro rincón; Fátima desliza el pergamino entre los pliegues de su vestido.—«¿Qué es lo que os he oído salmodiar en voz baja?»—dice Omar entrando.—«Nada, te has engañado.»—«Léfast algo, y he sabido que estabais afiliados á la secta de Mahoma.»—Diciendo estas palabras Omar se precipita sobre su cuñado. Fátima quiere cubrirle con su cuerpo, y ambos exclaman:—«Sí; somos musulmanes. Creemos en Dios y en su profeta. Mátanos si quierdes.»—Ciego Omar, hiere gravemente á su hermana Fátima. A la vista de la sangre de una mujer por su mano vertida, el joven impetuoso aplacóse de repente.—«Enseñadme—dijo con aparente calma—el escrito que leíais.»—«Temo que lo desgarrés»—respondió Fátima.—«Jura, Omar, devolverlo intacto.»—Apenas ha leído las primeras líneas exclama:—«¡Qué hermoso es esto! ¡Que sublime es! Indicadme dónde está el profeta; voy al punto á entregarme á él.»

En aquel momento Mahoma se encontraba en una casa situada sobre la colina de Safa, con una cuarentena de sus discípulos, á los que explicaba sus doctrinas. Lllaman á la puerta. Uno de los musulmanes mira por una rendija.—«Es Omar—dice aterrorizado—con el sable al cinto.»—La consternación fué general. Mahoma ordena que se abran; se adelanta hacia Omar, le coge por la capa, y atrayéndole hacia el círculo le dice:—«¿Qué motivo le trae, hijo de Khattab? ¿Persistirás en tu impiedad hasta que el castigo del cielo caiga sobre tí?»—«Vengo—respondió Omar—para declarar que creo en Dios y en su profeta.»

Todos los circunstantes dieron gracias al cielo por aquella conversión inesperada.

Separándose de los fieles, Omar fué derecho á la

casa de un cierto Djémil que pasaba por el charlatán más grande de la Meca.—«Djémil—le dijo,—vengo á darte una noticia: soy musulmán; he adoptado la religión de Mahoma.»—Djémil se apresuró á correr al atrio de la Caaba donde se reunían los koreischitas para conversar. Llegó gritando á voz en cuello:—«¡El hijo de Khattáb está pervertido!»—«Mientes—le dijo Omar que de cerca le seguía;—no estoy pervertido; soy musulmán. Confieso que no hay otro dios que Alah y que Mahoma es su profeta.»—Sus provocaciones acabaron por enfurecer á los incrédulos que se arrojaron sobre él. Omar sostuvo el choque, y apartando á los que le acometían, dijo:—«¡Por mi fe que si fuésemos sólo trescientos musulmanes, veríamos quien quedaba dueño de este templo!»

Aquel era el mismo hombre que más tarde no podía comprender que se transija con los infieles, y que saliendo sable en mano de la casa en que acaba de espirar Mahoma declara que le cortará la cabeza al que se atreva á decir que el profeta ha podido morir.

En fin, por su maravillosa inteligencia de la estética árabe, Mahoma se creó un medio de acción omnipotente sobre un pueblo infinitamente sensible al encanto del lenguaje bello. El Corán fué el signo de una revolución literaria tanto como de una revolución religiosa; marca entre los árabes el paso del estilo versificado á la prosa, de la poesía á la elocuencia; momento tan importante en la vida intelectual de un pueblo. A principios del VII siglo se extinguía la gran generación poética de Arabia; por doquiera observábanse señales de fatiga; las ideas de crítica literaria aparecían como señal de mal augurio para el genio. Autar, esa naturaleza de árabe tan franca, tan inalterable, comienza su

Moallakät casi como lo haría un poeta de la decadencia, por estas palabras: «¿Qué asunto hay que los poetas no hayan cantado?» Un asombro inmenso acogió á Mahoma cuando apareció en medio de una literatura agotada, con sus vivas é insinuantes *recitaciones*. La primera vez que Otba, hijo de Rebia, escuchó aquel lenguaje enérgico, sonoro, lleno de ritmo, aunque no versificado, volvió al seno de los suyos embelesado:—«¿Qué ocurre—le preguntaron?»—«¡A fe mía, Mahoma ha usado un lenguaje como jamás se ha oído! No es ni la poesía ni la prosa, ni el lenguaje mágico, pero es algo penetrante.» A Mahoma no le agradaba la refinada prosodia de la poesía árabe; cometía faltas de monta cuando citaba versos, y Dios mismo se encargó de disculparle en el Corán:—«No hemos enseñado la versificación á nuestro profeta.» A cada punto repite que no es ni poeta ni mágico; el vulgo, en efecto, estaba sin cesar tentado á confundirle con esas dos clases de hombre, y es cierto que su estilo rimado y sentencioso tenía alguna semejanza con el de los magos. Nos es imposible hoy comprender el encanto que el Corán ejerció cuando su aparición. Nos parece el libro declamatorio, monótono, fastidioso: leerlo seguidamente es casi insostenible; pero es preciso recordar que la Arabia, no habiendo tenido jamás ninguna idea de las artes plásticas ni de las grandes bellezas de composición, hace consistir exclusivamente la perfección de la forma en los detalles del estilo. La lengua es á sus ojos algo divino, el don más precioso que Dios haya hecho á la raza árabe, el signo más cierto de su preeminencia; es la lengua árabe misma, con su sabia gramática, su riqueza infinita, su sutil delicadeza. No cabe dudar que Mahoma haya debido sus principales éxitos á la originalidad de su lenguaje y al nuevo giro que

daba á la elocuencia árabe. Las conversiones más importantes, la del poeta Lebid, por ejemplo, se realizan por el efecto de ciertos fragmentos del Corán, y á los que le piden una *señal* (1) Mahoma no opone otra respuesta que la perfecta del árabe que él habla y la fascinación del estilo nuevo cuyo secreto posee.

Así el islamismo resume con una unidad de que difícilmente se encontraría otro ejemplo, las ideas morales, religiosas, estéticas; en una palabra, la vida del espíritu de una gran familia de la humanidad. No hay que pedirle ni esa elevación del espiritualismo que solo la India y la Germania han conocido; ni ese sentimiento de la mesura y de la perfecta belleza que la Grecia ha legado á las razas latinas; ni ese don de fascinación extraña, misteriosa, verdaderamente divina que ha reunido á toda la humanidad civilizada, sin distinción de raza, en la veneración de un mismo ideal partido de Judea. Sería extremar excesivamente el panteísmo en estética, poner en un pie de igualdad todos los productos de la naturaleza humana, colocar en el mismo grado de la escala de la belleza la pagoda y el templo griego, porque son resultado de una concepción igualmente original y espontánea. La naturaleza humana es siempre bella, pero no es siempre igualmente bella. En todas partes se presenta el mismo motivo, las mismas consonancias y disonancias de instintos terrestres y divinos, pero no es la misma la plenitud, ni la misma la sonoridad. El islamismo es evidentemente producto de una combinación inferior, y por así decir mediocre, de los elementos humanos. He aquí por qué no han sido conquistados más que en el estado medio de la naturaleza hu-

(1) La palabra *aiat* que designa los versículos del Corán quiere decir: *signo, milagro*. — N. del A.

mana. Las razas salvajes no han sido capaces de elevarse á ella, y de otra parte, no ha podido bastar á los pueblos que l'evaban en sí mismos el germen de una civilización más robusta. Persia, el único país indo-europeo en que el islamismo haya llegado á una dominación absoluta, no la ha adoptado sino haciéndole sufrir las más profundas modificaciones para acomodarle á sus tendencias místicas y mitológicas. Su excesiva sencillez ha sido por todas partes un obstáculo al desarrollo verdaderamente fecundo de la ciencia, de la gran poesía, de la moral delicada.

Si uno se pregunta cuál será el destino del islamismo frente á una civilización esencialmente invasora y llamada, según parece, á hacerse universal, tanto como lo permite la infinita diversidad de la especie humana, preciso es confesar que hasta aquí nada permite formarse á este respecto ideas precisas. Por una parte, es cierto que si el islamismo llega un día, no digo á desaparecer, pues las religiones no mueren, sino á perder la elevada dirección intelectual y moral de una parte importante del Universo sucumbirá no bajo el esfuerzo de otra religión, sino bajo los golpes de las ciencias modernas, llevando con ellas sus hábitos de racionalismo y de crítica. Por otra parte, hay que recordar que el islamismo, bien diferentemente de esas torres altas que se yerguen contra la tormenta y caen en una pieza, tiene en su misma flexibilidad ocultas fuerzas de resistencia. Las naciones cristianas, para efectuar su reforma religiosa, han estado obligadas á romper violentamente su unidad y á ponerse en abierta rebelión con la autoridad central. El islamismo que no tiene papas, ni concilios, ni obispos de institución divina, ni clero bien constituido, el islamismo, que no ha sondeado jamás el abismo

temible de la infabilidad, debe espantarse menos tal vez del despertar del racionalismo. ¿A qué, en efecto, se aferraría la crítica? ¿A la leyenda de Mahoma? Esta leyenda casi no tiene más sanción que las piadosas creencias que en el seno del catolicismo se puede rechazar sin ser herético. Nada tiene evidentemente que hacer aquí Strauss. ¿Sería al dogma? Reducido á sus líneas esenciales, el islamismo no añade á la religión natural más que el *profetismo* de Mahoma y una cierta concepción de la fatalidad, que es menos un artículo de fe que una dirección general del espíritu, susceptible de ser convenientemente encauzada. ¿Sería á la moral? Se ha de elegir entre cuatro sectas igualmente ortodoxas, en las cuales el sentido moral conserva una honrada parte de libertad. En cuanto al culto, libre de algunas supersticiones accesorias, no puede compararse por su sencillez más que al de las sectas protestantes más purificadas. ¿No hemos visto al principio de este siglo, en la misma patria de Mahoma, á un sectario provocar el vasto movimiento político y religioso de los wahhabitas, proclamando que el verdadero culto que á Dios debe tributarse consiste en prosternarse ante la idea de su existencia, que la invocación de cualquier intercesor cerca de él es un acto de idolatría, y que la obra más meritoria sería arrasar la tumba del profeta y los mausoleos de los imanes?

Síntomas de naturaleza mucho más grave, lo sé, se revelan en Egipto y en Turquía. Allí el contacto de las ciencias y de las costumbres europeas ha producido un libertinaje de creencia á veces apenas disfrazado. Los creyentes sinceros que tienen conciencia del peligro no ocultan su alarma y denuncian los libros de la ciencia europea como portadores de errores funestos y subversivos de toda la fe religio-

sa. No por ello persisto menos en creer que si el Oriente puede vencer su apatía y franquear los límites que no ha podido hasta aquí pasar en materia de especulaciones racionales, el islamismo no opondrá un obstáculo muy serio á los progresos del espíritu moderno. La carencia de centralización teológica ha dejado siempre á las naciones musulmanas cierta libertad religiosa. Diga lo que quiera M. Forster, el kalifato no ha sido fuerte sino en tanto ha representado la primera idea conquistadora del islamismo; cuando el poder temporal ha pasado á los *emir-al omra* y el kalifato no es más que un poder religioso, cae en el más deplorable rebajamiento. La idea de una potencia puramente espiritual es demasiado sutil para Oriente; todas las ramas del cristianismo mismas no han podido alcanzarla: la rama greco-eslava no la ha comprendido jamás; la familia germánica la ha sacudido y sobrepujado; sólo las naciones latinas se han prestado á ella. Pues bien, la experiencia ha demostrado que la fe sencilla del pueblo no basta para conservar una religión si no velan por ella una jerarquía constituida y un jefe espiritual. ¿Era fe lo que faltaba al pueblo anglosajón, cuando la voluntad de Enrique VIII le hizo pasar, sin que de ello se diera cuenta, un día al cisma, al siguiente á la herejía? No estando defendida la ortodoxia musulmana por un cuerpo permanente, autónomo, que se recluta y se rige á sí mismo, es por ello bastante vulnerable. Es ocioso añadir que si alguna vez se manifestase un movimiento de reforma en el islamismo, Europa no debería tomar parte en él sino por su influencia más general. Haría mal en querer regular la fe de los otros. Prosiguiendo activamente la propagación de su dogma, que es la civilización, debe dejar á los pueblos la tarea infinitamente delicada de acomodo-

dar sus tradiciones religiosas á sus necesidades nuevas y respetar el derecho más imprescriptible de las naciones, así como de los individuos: el de presidir por sí mismo con la más perfecta libertad á las revoluciones de su conciencia.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR.	5
LAS RELIGIONES DE LA ANTIGÜEDAD.	7
LA HISTORIA DEL PUEBLO DE ISRAEL.	62
LOS HISTORIADORES CRÍTICOS DE JESÚS.	107
MAHOMA Y LOS ORÍGENES DEL ISLAMISMO.	167